

Todo eran apariciones,
raros acontecimientos,
secretas conversaciones,
todo ruidos y visiones
y diabólicos portentos.

Los unos vieron gigantes,
otros toparon enanos,
otros hogueras volantes,
otros mágicos errantes,
y otros brujas y gitanos.

Y alguno, más entendido,
más ducho ó más suspicaz,
creyó allí haber sorprendido
algún amor protegido
con el murmullo falaz.

Vino un día, y otro día,
y vino un mes, y otro mes,
y el tercer año corría;
el segundo concluía,
y pasaron hasta tres.

Las visiones acabaron,
y olvidadas las consejas,
los mozos las despreciaron,
las muchachas se casaron,
y se murieron las viejas.

Con esto, el miedo pasó
y el valle quedóse en calma;
Mendo Abarca no volvió,
ni á nadie se apareció
Pérez en cuerpo ni en alma,

SEGUNDA PARTE

VI

En un salón adornado
con alfombras toledanas,
con pabellones de sedas,
con mecheros y con lámparas,
vestido de terciopelos
festonados de oro y plata,
cercado de taburetes

y de cojines de grana,
hay hasta cuatro personas
en plática sosegada,
que esperan como en familia
alguna cosa que tarda.
Una es don Mendo Quiñones,
otra es una antigua dama,
otra es doña Leonor,
y otra un clérigo, que calla.
Está Leonor cual lo exige
la ceremoniosa usanza
de aquellos revueltos tiempos
de fiestas y de batallas.
corpiño y falda turquí
bordados de seda blanca,
con dos filas de botones
de costosa filigrana;
desnudo el cuello y los hombros
bajo un collar de esmeraldas,
con un lazo de brillantes
que por una cruz remata;
los cabellos divididos
en dos trenzas derribadas,
que á ambos lados se recogen
en dos agujas de plata;
y en la mano un abanico
con que la faz del sol guarda,
tras de cuyo varillaje
mira á salvo y no es mirada.
Con igual lujo y riqueza
está engalanado Abarca:
el jubón de terciopelo,
acuchilladas las mangas,
capotillo carmesí,
calzón negro y gola blanca,
y en un cinturón de seda
colgados estoque y daga.
De aquestos tres personajes,
Quiñones y las dos damas,
el cuarto los atavíos
está contemplando en calma.

Empieza en una corona,
y en un acicate acaba;
tanto conserva de monje,
como de soldado guarda.
El gesto tiene severo
y la frente despejada,
emпинados los bigotes,
espesa y luenga la barba.

El jubón negro y sin cuello,
el ropón tocando en capa,
la gola negra y sencilla,
botas, espuelas y espada.
Si fija en otro sus ojos,
no pueden con sus miradas;
si habla, le escuchan atentos;
no le importunan si calla.
Mas su mirada es modesta,
contenidas sus palabras;
si reconviene no ofende,
y si aconseja no cansa.
Los valientes le saludan,
los pordioseros le aguardan,
las damas le reverencian,
los cortesanos le halagan.
Y algunas lenguas mordaces
sólo un defecto le achacan:
ser celoso en demasía
de la honra y buena fama.
Es capellán de Quiñones,
con quien tiene mesa y casa,
y á quien salvó vida y honra
dicen que en una batalla.
De entonces, él y don Mendo
un punto no se separan;
son un cuerpo y una sombra,
cuerpo y sombra con un alma.
Es á un tiempo secretario,
consejero, amigo y guarda;
don Mendo, sin su presencia
ni come, ni abre las cartas;
á un sermón y á un desafío
igualmente le acompaña.
Procura evitar contiendas,
pero una vez empeñadas,
el cáliz por el estoque,
por la malla el ropón cambia;
y á pretexto de padrino,
da la postrer cuchillada.

Ni es de extrañar que esto sea,
porque en los tiempos que alcanza,
los obispos son alcaides,
y sus palacios son plazas;
no pagan pecho á sus reyes,
mantienen á sueldo lanzas;
antes de prestarle ayuda,
juzgan despacio su causa,
y como más les va en ello

le acuden ó se desmandan;
y viven entre placeres
con familiares y damas.

Así como es el espejo
es la imagen que retrata,
y así como andan los reyes,
la corte y vasallos andan.

Tales son los personajes
que en plática sosegada
esperan como en familia
alguna cosa que tarda.
Al fin, al doblar sonoro
de una ligera campana,
abriéronse los balcones,
entró el sol de la mañana,
y de galanes y hermosas
fuése llenando la sala.
Oyóse el rumor del pueblo
que abajo se agita y pasa,
y el capellán y Quiñones,
haciendo venia á las damas,
salieron hacia la iglesia
donde doblan las campanas,
porque es el día del Corpus
y está la corte de gala.

VII

Al doble y revuelto son
de campanas y atabales
hierva y bulle un pueblo entero
en plazas, rejas y calles.
Es un bello sol de Junio
que derramado se esparce
por techos, plazas y torres,
gran farol de fiesta grande.
Sus rayos de grana y oro
se quiebran y se deshacen,
se estremecen y reflejan
en pizarras y cristales.
De los sueltos pabellones
de los tapices brillantes
que orlan, visten y coronan
los balcones desiguales,
en cada hebra de oro y plata
y en cada lazo ondulante
reverberan mil colores

que tornasolan el aire.
 Entre guirnalda de flores,
 entre velos y cendales,
 entre abanicos de plumas,
 entre dueñas y entre pajes,
 decoran las celosías,
 que recorren fiestas tales,
 cuantas damas de Castilla
 dentro de la villa caben.
 La luz de un sol tan alegre,
 la interposición del aire,
 los suntuosos atavíos
 y el placer de los semblantes,
 hacen que de cada hermosa
 finjan en ensueño un ángel
 los enamorados ojos
 de los felices galanes.
 ¡Cuántos hidalgos osados,
 deteniendo el paso errante
 al pie de unos miradores,
 contemplan un gesto grave!
 ¡Cuánto celoso mancebo,
 al revolver de una calle,
 el sombrero hasta los ojos
 aguarda amoroso trance!
 ¡Cuánta dueña en una reja,
 en tanto la dama sale,
 espera en faz compungida
 que el audaz citado pase!
 ¡Cuántos suspiros se ahogan
 entre el son interminable
 con que el gentío murmura,
 cuando del pecho se parten!
 ¡Cuánta ardorosa mirada
 intercepta el velo frágil,
 de una pluma que un tercero
 cruzó entre ambos un instante!
 ¡Cuántos ojos arrobados,
 en otros del cielo imagen
 se topan, detrás de aquellos
 otros ojos centellantes!
 ¡Cuántas citas amorosas
 camino á escondidas se abren
 entre aquel rumor confuso
 que un millón de bocas hace!

Calmando al fin del gentío
 la voz sorda y susurrante,
 diez maceros á caballo
 la gente por medio parten.

Bajáronse los sombreros,
 y tornáronse anhelantes,
 impacientes y curiosos,
 mil rostros hacia una calle.
 Pasaron lanzas y cruces,
 alabardas y estandartes,
 cirios, clérigos, soldados,
 mangas y comunidades;
 pasaron urnas, reliquias,
 chirimías y ciriales,
 congregaciones y escuelas,
 nobles, juntas y hermandades.
 hasta que al fin, de improviso,
 levantó su voz gigante
 el pueblo, que vió á lo lejos
 la engalanada falange
 de hidalgos, condes y duques,
 obispos y cardenales,
 que en torno del rey Enrique
 traen á su Dios por delante.

Quedábale á Enrique cuarto,
 por don de sus mocedades,
 el fastidio y la osadía
 de placeres y desmanes;
 que aun niño, rompiendo el yugo
 del respeto al Rey su padre,
 tuvo en Segovia una corte
 con pueblo y leyes aparte.
 Y allí, anegado en deleites,
 sin conocer vasallaje,
 pasó los años primeros
 siempre en faz de rebelarse.
 Hoy, ya Rey, abrió su corte
 á cuanto ilusorio y grande
 quiso con sus Reales culpas
 de las suyas escudarse.
 Vinieron aventureros
 sin más haber que su sable,
 y vinieron cortesanas
 que allá en países distantes
 fueron nobles y duquesas
 de Real solar y Real sangre,
 á quien echan de su patria
 opiniones populares;
 vinieron monjes robustos,
 todos rectores y abades,
 de costumbres de gran peso
 y profesión impalpable.
 Y entre discordia y licencia,

entre amores y combates,
 andando allí confundidos
 los soldados y los frailes,
 logróse sin gran trabajo
 que fuesen en tiempos tales
 las audiencias galanteos,
 los amores liviandades,
 y las damas cortesanas,
 y los clérigos galanes;
 que así como es el espejo,
 es la retratada imagen,
 y hacen, si andan mal los reyes,
 que mal los vasallos anden.
 Los monjes á par alternan
 las mallas y los sayales,
 y el que ayer era prelado,
 mañana á campaña sale.
 Tales gentes y tal fiesta
 bajan la calle adelante,
 y hasta doscientos jinetes
 dan á la función remate.

Entre las gentes que al Rey
 prestan honra y homenaje,
 ni cerca de su persona
 ni lejos del Condestable,
 van dos nobles caballeros,
 que en severos ademanes,
 entre secretas palabras,
 secretas razones traen.
 Tan por lo bajo las cruzan,
 que, en verdad, no fuera fácil
 que pudiera algún curioso
 alcanzar de lo que traten.
 Mas que es cosa de importancia
 bien pudiera asegurarse,
 pues á veces hace el uno
 que el otro los ojos baje,
 y á veces, levantando éste
 la mirada penetrante,
 torna á bajarla irritado,
 cual devorando un ultraje
 que el otro le recordara
 y mucho á su honra tocase.
 Cuanto más uno se turba,
 sigue el otro imperturbable,
 y ambos miran de continuo
 á un balcón, luego á la calle.
 Es el uno Mendo Abarca,

que, inclinado hacia delante,
 con su capellán conversa
 en razones semejantes:

—Pero, padre, ¡eternamente
 la misma conversación!
 —Señor, siempre esta ocasión
 me está en el alma presente.

—¡Maldita ocasión la vuestra,
 que en todas partes la veis!
 —Señor, que fué bien sabéis
 la experiencia mi maestra.

—Y lo que os sucede á vos,
 ¿ha de acontecerme á mí?
 —¡La honra, señor, que perdí
 no basta á dárme la Dios!

Y cuando vos la perdáis....
 —Yo mismo la cobraré.
 —Yo también me lo pensé,
 pero como yo, la erráis,

que es la mujer un cristal
 que si se empaña una vez,
 la mancha ó la palidez
 se lavan luego muy mal.

Mirad, don Mendo, al balcón
 y á la calle atentamente.
 —Padre, padre, ¡eternamente
 la misma conversación!

—Si os salvé, señor, la vida,
 la honra os he de salvar;
 yo por ella he de velar
 si vuesa merced la olvida.

—Ved que vos podéis muy bien
 dar camino á una sospecha.
 —Ved que en cuenta tan estrecha
 podéis vos errar también.

—¡Ved que soy yo su marido!
 —¡Ved que ella es vuestra mujer!
 —Sé que me ama.

—Puede ser.

—Y pudiera....
 —Haber mentido.

—Mas, padre, vos....
—Vedla allí,
y aunque así á vos no os ofende,
pensad que á todos atiende
menos á vos....
—¡Eso sí!

—Pues si os ama, ¿cómo á vos
es á quien busca el postrero?
—¡Ay! Triste del que altanero
me compita, ¡vive Dios!

Así en voz baja platican
aquellos dos personajes,
al ir de su propia casa,
avistando los umbrales;
y saludando á Leonor,
que al balcón á verlos sale,
con la procesión siguieron
toda la plaza adelante.

VIII

En un estrecho aposento,
al amarillo fulgor
que por entre seis cristales
despide un turbio farol,
el capellán y don Mendo,
en tenue y secreta voz,
tienen de alta consecuencia
trabada conversación.
Don Mendo está pensativo,
encendido de color,
la mano puesta en la frente,
mal sentado en un sillón,
los cabellos en desorden,
luchando con su interior,
y retratando en el gesto
la inquietud del corazón.
El capellán tiene el rostro
entre hipócrita y feroz,
y contempla el de Quiñones
con ojo escudriñador.
Al abrigo guarda el suyo
de la sombra del farol,
cuidando de que á don Mendo
ilumine el resplandor.
Entre ambos hay extendido
un macizo velador,

en que, para estar más cerca,
se apoyan tal vez los dos.
A una pregunta de Abarca
de extremada concisión,
con otra pregunta idéntica
el capellán contestó:
—Y su tristeza y despego,
¿no veis de entonces, señor?
—Mas ved, padre....

—Y ¿no decís
que al, saber vuestro perdón,
casi loca de alegría
vuestra vuelta aceleró?
—Es verdad.

—Y ¿no decís
que advertisteis variación
desde la misma mañana
en que en la corte se vió?
—Y ¿eso padre....

—Y ¿no decís
que un ensueño aterrador
la atosiga desde entonces
y la pone en aflicción?
—Es verdad.

—Y ¿no decís
que de aqueste torcedor
nunca la secreta causa
vuestra esposa os reveló?
—Y eso prueba....

—Que en su pecho
hay secretos para vos,
y las mujeres no tienen
más secretos que el amor.

Don Mendo apretó los puños
cuando tal respuesta oyó,
y en la inquietud de sus ojos,
que revuelve en derredor,
se ve bien que busca el triste
otra disculpa ó razón.
En tanto, el cura le atiende
con sonrisa de traidor,
y rebosan sus pupilas
sangrienta satisfacción.
Por fin, como quien despliega
todo el último valor,
con hondo y trémulo acento
Mendo Abarca replicó:
—Tal vez de mujeres, padre,
secretos caprichos son,

que sólo consultar deben
allá con su confesor.

—Los caprichos femeniles
ya os dije, don Mendo, yo,
que si al marido se celan,
no son más que otra pasión.

—Callad, padre, porque me hacen
vuestras palabras pavor,
y es tan profunda esta herida,
que me duele, ¡vive Dios!
—Pues buscad presto remedio,
don Mendo, porque si no
la herida se os hará cáncer
que gangrene vuestro honor.
Mañana tal vez....

—¡Por cierto
que es tremenda precisión!
Dejadme que bien pensado
el tiempo....

—¡Tiempo veloz,
tiempo rápido, que el tiempo
carcome la reflexión!
—Pero, padre, ved que errarlo
¿no fuera....

—Nunca peor,
que en cuidar mucho su honra
jamás hidalgo pecó.
Ved que yo he perdido el mío,
y aunque hice venganza atroz,
ni le he cobrado, ni el tiempo
me ha quitado este borrón.
—Pues bien; si es cierto, á impedirlo
ó á vengarlo pronto estoy.
—Pues el remedio, ó venganza.
Ved que urge.

—Tenéis razón;
y pues sabéis la dolencia,
buscadme el remedio vos.

Guardaron ambos silencio
en torva meditación:
Don Mendo fijos los codos
sobre el ancho velador,
las sienes entre las manos
y el cabello en confusión,
como quien devora y siente
secreto afán interior.
Su sombrío compañero,
de espaldas en el sillón,
es un hombre á quien se puede

partir la figura en dos:
unas veces es un monje,
ministro santo de Dios,
cuya presencia es consuelo
á mundanal aflicción,
cuyo rostro da franqueza,
cuya majestuosa voz
aconseja dulcemente,
dando calma al corazón;
otras es un hombre osado,
duro, hipócrita ó traidor,
que aguarda en faz misteriosa
una pensada ocasión;
un tigre que acecha oculto
la presa que descubrió,
y hace que duerme tranquilo
para asaltarla mejor.
Si baja al suelo los ojos,
dirían que hace oración,
mas arde, cuando los alza,
en fuego fascinador;
y al fijarlos en don Mendo
tan horrible es su expresión,
que más que monje, dijeran
que semeja un salteador.
A veces pintan la ira
y á veces la compasión,
y á veces pintan los celos,
y otras veces el furor;
y el orgullo y la vergüenza,
y el duelo y la confusión,
y la venganza y la rabia,
la constancia y el valor,
á un tiempo brillan en ellos....
Mas todo cambió veloz
cuando don Mendo la frente
de entre las manos alzó:
fué otra vez el mismo monje
amigo y consolador
que la existencia de Abarca
en el combate salvó.
La mirada que Quiñones
tendió angustiado en redor,
á la del monje pedía
más que justicia, perdón.
Mas el clérigo, inflexible,
en sorda y siniestra voz
así dijo, entre los dedos
deshilachando el ropón:
—Escuchadme, Mendo Abarca:

en negocios como el de hoy,
hasta que todo se aclara
disimular es mejor.
Sólo un medio se me alcanza:
pues que capellán soy yo,
disponed que á vuestra esposa
oiga un día en confesión.

Y esto diciendo, brillaban
sus ojos con tal fulgor,
que semejaron la lumbre
de enrojecido carbón.
El marido, que, turbado,
Tal vez no le comprendió,
replicóle:—¡Entonces, padre,
lo alcanzaréis sólo vos!—
A lo que el clérigo dijo:
—Muy torpe, don Mendo, sois;
pues se oye desde una alcoba
lo que se habla en un salón.
—Cierto, padre; pero.... hay puntos
que en ofensa son de Dios.
—Cierto, Abarca; mas hay prendas
que encierran tanto valor....
—No os comprendo.

—Concluyamos
tan necia conversación:
si sois hidalgo, don Mendo,
curad bien de vuestro honor,
ó sufrid que el pueblo ría
á vuestra faz....

—¡Eso no!
¿Decís que el pueblo se ríe?
—¿Quién lo duda?

—Y ¿tal baldón
llevará junto mi nombre....

—El de marido, señor.

—¿Y mi esposa....

—Ha de infamaros
si es cierto que os engañó.
Iréis con ella á la corte,
y han de mofarse de vos,
el Rey os hablará de ella,
y ha de mofarse de vos:
la verán al lado vuestro,
y han de mofarse de vos,
y os tendrán, á no vengaros,
por necio ó encubridor.
—¡Basta, padre, ó con la lengua
os arranco el corazón,

que verdades tan amargas,
las tolera sólo Dios!
¡Basta, á fe!.... Fingiré un voto
de una peregrinación;
su confesión en voz alta
la tomaréis, padre, vos;
pero, dentro de la alcoba,
la he de escuchar también yo.

Y alzándose del asiento,
tomó don Mendo el farol,
dirigiéndose á una puerta
que da paso á un callejón.
El clérigo le seguía
en ademán triunfador,
y al transponer los umbrales,
entre dientes murmuró:
—Este mes hace tres años;
mañana, al salir el sol,
un crimen y un duelo mismo
tendremos que llorar dos.—
Tornóse Mendo, y pensando
que dudaba, preguntó:
—¿Que decís, padre?

—Rezaba.

Id adelante, señor.

IX

En una sala cuadrada,
con tres tapices cubierta,
al pie de un reclinatorio
de cincelada madera,
ante un monje de rodillas,
con un velo en la cabeza,
doña Leonor de Quiñones
cristianamente confiesa.
El rojo sol de Occidente,
reflejando en las vidrieras,
por las entornadas hojas
con trémula luz penetra,
y en los tapices tendiendo
una ráfaga postrera,
con paso incierto, al huirse,
pasa de una en otra hebra.
Hay á un lado de la sala,
con un cerrojo una puerta,
y en el otro un gabinete
con una cortina negra.

La mujer en faz humilde,
el monje en faz altanera,
seguían la confesión
en preguntas y respuestas.
Pregunta el monje en voz alta,
responde en voz débil ella:
él pregunta: «¿No es así?»,
y ella, «sí, padre», contesta.
Parece, según lo exacto
con que pregunta y acierta,
que está el confesor leyendo,
la pregunta en la conciencia.
Decía el monje:

—¿Una noche?

—Sí, padre.

—¿Las doce eran?

—Sí, padre.

—¿Zumbaba, airada,
en las torres la tormenta?

—Sí, padre.

—¿Amáis á don Mendo?

—Sí, padre.

—Y ¿sabéis que es fuerza
guardar entera la honra

que un hombre á su esposa entrega?

—Ved, padre, que yo dormía.

—¿Y quién guardaba las puertas,
que así osó llegar un hombre
hasta la cámara vuestra?

¿Sabéis que no bastan llaves,
murallas ni centinelas,

para guardar dignamente
la fama y la honra ajena?

¿Sabéis que son las mujeres
sólo un arca donde cierran

todo su honor los maridos
con candados de vergüenza?

¿Sabéis que mujer sin honra
es sólo un padrón de afrenta,

que eternamente en el rostro
el vendido esposo lleva?

—Ved, padre, que yo dormía:
¡No fué crimen, sino fuerza!
—Y ¿no pedisteis á Mendo
venganza horrorosa y presta?
—Faltóme, padre, el valor.
—¡Luego! fué traición completa,
pues que lanzasteis el dardo
y escondisteis la ballesta!

Trémula, medrosa, ahogada,
la frente contra la tierra,
el rostro entre las dos manos,
clamó acelerada ella:
—¡Callad, padre, y si pequé,
imponedme penitencia!—

En esto alzó la cortina
don Mendo, que tal oyera,
y asiéndola del cabello,
la dijo:— ¡Pues que confiesas
que cometiste la culpa,
sufre, traidora, la pena!

Y escondiéndola la daga
dentro la garganta mesma,
luchando con la agonía,
sobre la alfombra la suelta.

A su espalda en este punto,
horrible, insultante, hueca,
oyóse una carcajada,
y el capellán, con violencia
poniendo mano al estoque,
gritó á don Mendo en voz recia:
—Yo asesiné á Margarita,
y lavé mi honra en la vuestra.
Don Mendo, yo soy *Rui Pérez*,
que ha tres años que os acecha,
que os acosa y os persigue,
porque sabe, aunque le pesa,
QUE HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN,
NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN.